

Arquitectura, compromiso y territorio en la obra de Roberto Frangella

Sofía Belén FERRERO

sferrero@unm.edu.ar

Secretaría de Investigación y Vinculación Tecnológica (UNM)

Centro de Estudio de Medios y Comunicación (CEMYC -UNM)

Roberto Frangella (Buenos Aires, 1942) es arquitecto, escultor y pintor. A lo largo de su trayectoria se ha convertido en un referente de la arquitectura y las artes plásticas argentinas. Incluso desde antes de graduarse en la UBA, desarrolló una prolífica obra que abarca desde proyectos arquitectónicos hasta exposiciones artísticas que se encuentran en museos y galerías, tanto nacionales como internacionales. Frangella ha exhibido pinturas y esculturas en espacios como el Centro Cultural Recoleta de Buenos Aires, el Museo Nacional de Bellas Artes y la Fundación Joan Miró de Barcelona.

En el plano arquitectónico sus influencias van desde los maestros del *Movimiento Moderno* –con Le Corbusier a la cabeza– hasta figuras locales como Eduardo Sacriste y Clorindo Testa. Con el tiempo, fue orientando su diseño hacia estilos respetuosos del contexto, de los usuarios y de los entornos naturales. Esta integración entre creatividad artística, conciencia social y sensibilidad ambiental hace de Roberto un interlocutor más que interesante. En esta breve entrevista conversamos con él sobre la intersección entre su búsqueda estética y su compromiso con el bien común.

Me interesa cómo concibe el cruce entre arte y arquitectura. Al analizar su obra se percibe un trabajo sobre la porosidad de esa frontera. ¿Qué potencial estético encuentra usted ahí?

Creo que la creatividad es una sola. Sin embargo, nuestra formación, al ser tan académica, ha marcado límites muy estrictos entre sus diferentes manifestaciones, entre las distintas tendencias creativas. Hoy esos bordes se diluyen afortunadamente, y de pronto un modo de expresarse se superpone con otro o toma sus herramientas.

Yo mismo fui producto de aquella formación rígida. Desde chico me expresaba de manera espontánea en el terreno plástico, crecí en una familia de músicos y pintores, mi madre pintaba muy bien y ese ambiente me marcó. Y después, al terminar el colegio, llegó una disyuntiva muy terrible que se planteaba en nuestra época. Había que elegir una profesión “noble y seria”. Porque esto de ser diseñador, escenógrafo, pintor o artista, eran cosas muy menores. En mi época, las opciones legítimas parecían ser abogado, médico o ingeniero. Como yo no encajaba en ninguna y dibujaba bien, mi padre me dijo: “Al menos sé arquitecto”. La arquitectura todavía contaba como profesión principal.

Yo entré a la carrera –arquitectura– y descubrí que ese mundo creativo era igual al de las artes visuales, lo que me entusiasmó mucho y hoy soy muy feliz como arquitecto. A lo que voy es que los mundos creativos siempre son los mismos. Pero me llevó un tiempo reconciliarme con el arte, eh, después de haberme copado tanto con la arquitectura. Durante años el artista plástico quedó un poco relegado, estaba resentido y pedía una revancha. Se la concedí y ahora esas dos fascetas conviven en armonía, con límites menos rígidos, con superposiciones y retroalimentación mutua. Muchas veces al estar pintando puedo estar también pensando en cómo voy a distribuir las columnas de una planta para un proyecto que tengo en curso. O a la inversa, cuando dibujo un plano técnico imagino qué pincelada suelta o “mamarracho” voy a hacer con los pinceles. Así, las dos vertientes creativas se alimentan mutuamente.

¿Considera que la arquitectura, como disciplina, se relaciona con los modos en que se habitan o restringen ciertos modos de vida?

Sí, por supuesto, yo creo que la arquitectura debería ser útil al ser humano, no imponerse sobre sus maneras de existir. Es una vieja discusión, que se da también en el terreno de la arquitectura, la creatividad y en la producción arquitectónica. Vos ves en la historia un montón de obras que se regodean en sí mismas, buscando una simetría, un orden, unas dimensiones, una forma de acoger la vida que, a lo mejor, no es la forma en que la vida quiere ser acogida.

La arquitectura debiera responder al ser humano, a cómo se siente frente a la naturaleza, cómo se defiende o se cobija en ella. En definitiva, debe estar al servicio del modo de ser y de

existir de las personas. Y es ahí donde aparece la trampa. Los creativos, muchas veces, en vez de querer ser útiles, queremos levantar nuestros propios monumentos. Obras de gloria, que después salen como grandes novedades, publicadas en las revistas. Y entonces, bueno, dejamos de ser realmente útiles.

¿Qué experiencias lo impulsaron a incursionar en experiencias de arquitectura solidaria?

Bueno, en mi propia trayectoria me pasó algo de lo que venimos hablando. Cuando entré a la facultad, con esas ganas locas de expresarme y de manejar las herramientas que ofrece la profesión –armar espacios, organizar edificios–, me entusiasmé muchísimo con la arquitectura y con la influencia de los ejemplos extranjeros. Soy de la época del Movimiento Moderno, la explosión de la Bauhaus, Le Corbusier, Mies, Aalto. Grandes referentes que a veces tenían proyectos acertados y otras no tanto; había obras que funcionaban más como monumentos del autor que para la gente a la que iban dirigidas. Yo caí un poco en ese juego vanidoso de querer hacer lo que nunca se había hecho, ofrecer una originalidad deslumbrante, resolver un estar-comedor de manera recontra novedosa, en lugar de responder a una necesidad concreta.

Fui víctima, entonces, de esa vanidad y estuve varios años siendo un arquitecto bastante “ego”. Hasta que gané un concurso en Asunción y tuve que pasar un año entero desarrollando la documentación y los planos del edificio que habíamos ganado. El estudio abrió a las siete y se cerraba al mediodía hasta las cinco por la cultura de la siesta asociada al clima de la región. En esas horas empecé a experimentar con mis esculturas de cerámica, las cocinaba en un horno de leña



que llegaba a novecientos grados. Tendría unos treinta y dos años. Aquella experiencia me cambió la mirada, entendí que Argentina es Latinoamérica, y que yo no soy un arquitecto europeo. No tenía por qué rendirle pleitesía a todo lo que venía de allá; debía apoyarme en mis raíces, en mi gente, en sus costumbres. El paraguayo es un pueblo muy rico en raíces y ahí vi entonces lo que era ser latinoamericano, así como también la enorme injusticia.

Desde esta experiencia me permití tener una visión política distinta de la que tenía en la Argentina, donde en aquel momento no había diferencias sociales extremas –que sí hay hoy en día- aunque sí había diferencias. Me permití entonces ver la realidad de nuestra gente en las villas miserias o en el conurbano, la lucha del obrero, la lucha de mis albañiles, que para estar en mi obra tenían que levantarse a las cuatro de la mañana, ir en bicicleta hasta la estación, subirse al tren con su bicicleta, bajarse en Belgrano, venir a la obra y trabajar todo el día para volver a la tardecita a su casa. Para comer, acostarse y levantarse cuatro y media otra vez.

Ahí comprendí que uno tenía que tener un compromiso político. Que no existe una creatividad “blanca y limpia”, que tiene que haber un color, tiene que haber un compromiso. Desde ese momento pude participar en muchísimas experiencias de

grupos de autoconstrucción, acompañándolos en sus procesos de organización. Considero que es prioritaria la educación de la gente, su participación, su derecho a la igualdad, a la opinión, a la existencia. Entendí que la arquitectura no es lo único en la vida, sino una herramienta más para mejorarla. Al participar en iniciativas de autoconstrucción, que son grupos de autoempoderamiento, las personas pasan a ser protagonistas en sus vidas. Al acompañar este tipo de experiencias me fui comprometiendo cada vez más con una profesión útil. Hoy creo que la profesión debe ser útil, especialmente para ese cincuenta por ciento de la población que ni siquiera imagina que un arquitecto pueda darles una mano. Recuerdo a una nena de un barrio que me dijo: “Qué bueno conocerte; no sabía que existían los arquitectos, en el barrio a las casas las hacen mi papá y mis tíos”. Esa frase sigue vigente.

¿Qué se puede aportar desde la arquitectura en estos escenarios?

Desde hace unos años, en el Consejo Profesional impulsamos el programa Arquitectura para el Bien Común, se trata de repensar la formación y el rol del arquitecto para que sea útil a toda la sociedad, no solo a quien puede pagar honorarios. Es una lucha larguísima, hay que crear puentes para que el arquitecto cobre por su trabajo en planes de gobierno o cooperativas. Hasta ahora, todo lo que hice en ese rol de



“arquitecto descalzo”, que camina la tierra, fue ad honorem, y no es justo. Hay que formalizarlo: no puede haber arquitectos de torres de vidrio y arquitectos de casitas humildes. La arquitectura es una sola y debería tener el mismo respeto y la misma remuneración.

Hicimos montones de seminarios y encuentros para concientizar. El arquitecto tiene que salir de la facultad sabiendo que su oficio es arte y servicio a la comunidad entera. En esta emergencia del país debemos achicar la brecha de hábitat: no se trata solo de viviendas, sino de escuelas, espacios de recreación, todo lo que hace a una vida digna. La sociedad está cada vez más mercantilista, casi medieval: el castillo en la cima y, abajo, el campesinado. Contra eso, seguimos dando pelea.

¿Qué es la autoconstrucción? ¿Dónde tuvo oportunidad de implementarla?

La autoconstrucción es una forma de que un sector postergado acceda a su vivienda propia. Es una herramienta lindísima porque al organizarse en cooperativa, todo el grupo participa de las decisiones. Para empezar, las familias que van a levantarse sus casas se constituyen como cooperativa. A mi modo de ver, el cooperativismo es la estructura social más justa, no hay jefes que manejen las resoluciones a su favor; todo se define en asamblea y por voto. Conjuntamente se decide si se compra tal terreno, si se elige a tal arquitecto, cuántos metros cuadrados tendrá cada casa, si cocina y baño quedan terminados, etcétera. Es lo más democrático que puede tener una organización humana.

En general, he trabajado con vecinos de villas de Vicente López o San Isidro. Se conocen en la parroquia, el club de fútbol o alguna organización barrial y deciden unirse. Redactan su reglamento, mencionando si irán a la obra sábados o domingos, fijando cuánto aporta cada uno, estableciendo si habrá mujeres jefas de hogar, cómo se entregarán las casas —por sorteo, o priorizando al que cumplió mejor durante todo el proceso— y otros detalles. Con esos acuerdos juntan recursos. Hubo un gran impulso a la autoconstrucción en los 80, muy acompañado por los curas tercermundistas y la Iglesia progresista. Muchos colegios cedieron sus canchas como terrenos, o ayudaron a comprar materiales para que la obra no se extendiera más de dos años.

Lo más valioso de la experiencia es el empoderamiento que genera. Mis grupos estaban formados por familias cuyo titular —hombre o mujer— apenas tenía tercer grado. Sin embargo, la lucidez y la claridad con que se suman, conducen y hasta viajan a La Plata a gestionar créditos es impresionante. No hay diferencias entre las personas cuando perseguimos un sueño como el de la vivienda. Es igual el universitario que quien no lo es, porque todos sabemos humanamente lo que es buscar nuestra dignidad.

Por último Roberto ¿Podría explicarnos cómo concibe una obra comprometida?

Creo que el compromiso empieza con esa actitud de querer ser útil, de prestar un servicio a los demás. Entonces desde ahí podemos analizar cualquier obra —sea un plan de viviendas, una escuela, un teatro— y tratar de escuchar todas las voces y

las implicancias que la rodean. Esas condicionantes pueden ser múltiples.

A veces la obra está atravesada por su contexto urbano. Supongamos que sos el arquitecto del Teatro San Martín, en Corrientes: ahí hay una historia, un entorno, una serie de cuestiones que no podés ignorar. Otras veces manda el presupuesto: contás con muy pocos recursos y apenas dos o tres materiales. Imaginá que estás en Ushuaia y solo tenés madera; bueno, todo saldrá a partir de ese único material y sus encastrés.

La obra se compromete con el destino de las personas que la van a habitar, con su modo de ser, con las tecnologías disponibles, con el sitio y el paisaje. Todas esas variables te van “amasando” y dan la primera orientación. A partir de ahí entra tu capacidad para, sobre esas bases fijas, aportar ideas de buen funcionamiento, proporciones, imagen. Cuando realmente apoyás el proyecto en todos esos puntos firmes, la obra termina surgiendo casi sola: resulta lógica, sensata y bella, porque lleva tu aporte y, a la vez, respeta cada condicionante que la hace única.